

Samuel Phillips Huntington: un antiinmigracionista más

Jesús Velasco

De nueva cuenta, el connotado politólogo estadounidense, Samuel P. Huntington, ha captado la atención de periodistas, académicos y políticos, tanto en México como en los Estados Unidos. En su más reciente libro, *Who Are We?: The Challenges to America's National Identity*,¹ el profesor Huntington critica con dureza a los mexicanos y a los méxico-estadounidenses. A su entender, debido a la peculiar naturaleza de la inmigración mexicana y a las dificultades de nuestros connacionales para asimilarse a la cultura y a la vida política de ese país, los mexicanos y méxico-estadounidenses pueden alterar sensiblemente la identidad nacional de los Estados Unidos. Afirmaciones de este tipo no causan indiferencia, mucho menos cuando provienen de un afamado politólogo de la Universidad de Harvard.

De inmediato, la publicación de *Who Are We* —y en particular la versión abreviada del libro publicada en *Foreign Policy*—² provocó diversas reacciones. Peter Carlson señaló en un artículo de *The Washington Post*: “simplemente no puedo aceptar los argumentos de Huntington.”³ En *Los Angeles Times*, Gregory Rodríguez advirtió que las ideas de Huntington no son nuevas, identificó lo anecdótico de muchas de sus evidencias, calificó su definición de asimilación como problemática y su visión respecto a los Estados Unidos como muy estrecha.⁴ Por su parte, en *The New York Times*, David Brooks escribió: “no existe una diferencia significativa en-

¹ Samuel P. Huntington, *Who Are We? The Challenges to America's National Identity*, Nueva York, Simon & Schuster, 2004.

² Samuel P. Huntington, “The Hispanic Challenge”, en *Foreign Policy*, marzo-abril, 2004.

³ Peter Carlson, “Hey, Professor, Assimilate This”, en *The Washington Post*, 9 de marzo de 2004.

⁴ G. Rodríguez, “Mexican Americans are Building No Walls”, en *Los Angeles Times*, 9 de febrero de 2004.

tre la forma de vida de los México-americanos y la forma de vida de los demás estadounidenses.”⁵ La revista británica *The Economist* calificó a la visión huntingtoniana de la identidad latina como “simplona”.⁶ Finalmente, el profesor Daniel W. Drezner sostiene que los “argumentos de Huntington tienen deficiencias importantes”.⁷

“Mexicanos, al grito de guerra” fue la respuesta al unísono de los políticos e intelectuales mexicanos. El ex embajador de México ante la Organización de las Naciones Unidas, Adolfo Aguilar Zinser, consideró la publicación de Huntington como algo “ciertamente ofensivo y denigrante...”.⁸ Para Denise Dresser, Huntington “traslada a su propio país el maniqueísmo con el cual lleva años analizando al mundo [resultando en] una visión políticamente peligrosa e intelectualmente deshonesta”. Dresser estima que Huntington se ha “convertido en un pésimo analista [por lo cual] ya no debe ser leído; debe ser combatido”.⁹ Enrique Krauze calificó a *The Hispanic Challenge* como un texto racista y afirmó: “[Huntington] quiere enmascarar un poco el racismo, pero no le sale”.¹⁰ En la misma tesitura, el afamado escritor Carlos Fuentes tacha al politólogo harvardiano de racista enmascarado al presentar a los Estados Unidos “como un gigante tembloroso ante el embate del español. Es la táctica del miedo [...] tan favorecida por las mentalidades fascistas”. El autor de *Las buenas conciencias* concluye: “con todo ello, [los mexicanos] ganamos, no perdimos. El que pierde es Huntington, aislado en su parcela imaginaria de pureza racista angloparlante, blanca y protestante”.¹¹

El objetivo del presente trabajo es analizar el texto de Samuel P. Huntington a la luz de los debates que sobre identidad nacional se desarrollan en los Estados Unidos. Pretendo analizar sus principales aseveraciones desde una perspectiva histórica. Con ello busco ir más allá de los nacionalismos ramplones o de los descritos simplistas, tratando de comprender la obra de este autor en su real dimensión. Contrario a la opinión de Denise Dresser, creo que Huntington sí debe

⁵ David Brooks, “The American Dream”, en *The New York Times*, 24 de febrero de 2004.

⁶ “A Question of Identity”, en *The Economist*, 4 de marzo de 2004.

⁷ Daniel W. Drezner, “Hash of Civilizations”, en *The New Republic*, 3 de marzo de 2004.

⁸ Adolfo Aguilar Zinser, “Huntington y el patio trasero”, en *Reforma*, 5 de marzo de 2004.

⁹ Denise Dresser, “El americano amenazado”, en *Reforma*, 1 de marzo de 2004.

¹⁰ “Entrevista a Enrique Krauze”, en *Mural*, 14 de abril de 2004.

¹¹ Carlos Fuentes, “El racista enmascarado”, en *Reforma*, 11 de marzo, 2004.

ser leído y valorado dentro de su propio contexto histórico y sin desconocer su trayectoria como académico e intelectual público. Sin duda, Huntington estudia un tema relevante no sólo para la cultura política estadounidense, sino también para México. En su texto, el profesor de Harvard genera preguntas importantes que deben ser valoradas con la debida seriedad. Desacreditar sin argumentos es tarea fácil; intentar comprender es el primer acto de todo esfuerzo de honestidad intelectual. Para ello, este trabajo se divide en cuatro apartados fundamentales. En el primero, presento las principales corrientes de pensamiento que estudian los problemas de identidad en los Estados Unidos. En segundo término ubico la obra de Huntington dentro de las perspectivas de identidad previamente señaladas. En tercer lugar destaco los principales argumentos ofrecidos en *Who Are We?*, así como mis críticas al texto. Por último, ofrezco algunas conclusiones.

LOS ESTADOS UNIDOS Y LOS DEBATES SOBRE LA IDENTIDAD NACIONAL

El debate sobre la identidad nacional de los Estados Unidos es tan viejo como esa nación. Durante la época colonial predominaban habitantes de origen inglés, pero también existían, entre otros, holandeses, alemanes, franceses e irlandeses. Se calcula que para 1790 la población del entonces joven país estaba compuesta por “19% de personas de ascendencia africana; 12% de escoceses e irlandeses-escoceses; 10% de alemanes y, en menor número, franceses, irlandeses y galeses. Los ingleses constituían el 48%. Por supuesto, todas estas cifras no incluyen a los indios”.¹² Hace más de treinta años, John Higham subrayó que la inmigración original que conformó a los actuales Estados Unidos, “no se compuso en exclusiva por los fundadores ingleses, sino fue convirtiéndose en una mezcla, no de razas, sino de rasgos étnicos estrechamente relacionados”.¹³ Esto condujo a la existencia de conflictos y diferencias entre los diversos grupos de pobladores desde los primeros tiempos de la nación estadounidense. La pugna pronto hizo surgir la pregunta: ¿qué hace a esta población tan diversa el ser estadounidense?

¹² Rudolph J. Vecoli, “The Significance of Immigration in the Formation of American Identity”, en *The History Teacher*, vol. 30, núm. 1, noviembre de 1996, p. 9.

¹³ John Higham, “La migración”, en C. Vann Woodward, *Historia comparada de Estados Unidos*, México, Letras, 1971, p. 104

Este añejo cuestionamiento ha generado distintas respuestas y gran controversia en los Estados Unidos. Según Rogers M. Smith, existen por lo menos “tres nociones distintas, aunque relacionadas, de identidad: liberalismo, republicanismo y etnocultural (la cual tiene varias expresiones, siendo la más extrema de ellas el nativismo)”. En su opinión, estas tres concepciones casi “siempre aparecen combinadas, tienen muchas variantes históricas, y se han manifestado junto con otras nociones características de ciertas épocas”.¹⁴ Resulta pertinente comentar acerca de estas corrientes de pensamiento, al menos brevemente, con el fin de ubicar de manera más adecuada la obra de Huntington.

Cuando Smith habla de liberalismo se refiere fundamentalmente al pensamiento de John Locke. Para este autor, en la esencia del liberalismo se encuentra la idea del “gobierno consensual y los derechos naturales”, por lo que esta teoría subraya su preocupación por los derechos humanos universales, la tolerancia religiosa, la promoción del comercio y la ciencia, así como la oposición al sistema teocrático de valores medievales. La Declaración de Independencia de los Estados Unidos es una clara expresión de esta tendencia. De acuerdo con Smith, la ideología liberal, con su “énfasis en la igualdad y el respeto por los derechos de cada ser humano, está en lógica tensión con la vívida creencia en la importancia de una inherente membresía común a ciertos elementos tales como la ciudadanía”. Por consiguiente, las ideas “liberales necesitan ser modificadas si no se desea rechazar el reclamo a la autoridad natural realizado por grupos etnoculturales, de género, clases económicas, pequeñas comunidades políticas y por el mismo Estado nacional”.¹⁵

El republicanismo es una corriente que ha sido rescatada por autores como Bernard Bailyn, y J.G.A. Pocock. Para estos y otros especialistas, el pensamiento republicano tiene profundas raíces en los Estados Unidos, las cuales se remontan a la época colonial y a la revolución de independencia. Su influencia puede observarse en el pensamiento de personalidades como Guicciardini, Giannotti y Ma-

¹⁴ Rogers Smith, “The ‘American Creed’ and American Identity: The Limits of Liberal Citizenship in the United States”, en *Western Political Quarterly*, vol. 41, núm. 2, junio 1988, pp. 228 y 229. Véase también del mismo autor: “Beyond Tocqueville, Myrdal and Hartz: The Multiple Traditions in America”, en *The American Political Science Review*, vol. 87, núm. 3, septiembre de 1993. Esta sección está basada fundamentalmente en las opiniones de Smith.

¹⁵ Rogers Smith, “The ‘American Creed...’”, p. 230.

quiavelo. El aspecto medular del republicanismo es su “compromiso con las verdades civiles y el repudio al egoísmo individualista”.¹⁶ El republicanismo es también una teoría con la intención de rescatar el comunitarismo. Según Smith, esta corriente tiene como su principal objetivo el “consolidar instituciones y prácticas para posibilitar la búsqueda del bien común por medio del autogobierno colectivo, beneficiando así a toda la comunidad en su conjunto”. El republicanismo alienta la “hegemonía social, [pero] una república viable debe tener un pequeño cuerpo de ciudadanos ligado a otras personas por medio de una débil confederación o dominio imperial”. En opinión de Smith, la demanda por “homogeneidad puede ser usada para defender numerosos impulsos etnocéntricos, incluyendo leyes ciudadanas que discriminan basándose en criterios de raza, sexo, religión y orígenes nacionales. El segundo requerimiento ayuda a generar y mantener el compromiso de los Estados Unidos con el federalismo, el Estado y la autonomía local –un compromiso a menudo usado para justificar consentimientos de desigualdad local–. Asimismo, el republicanismo también enaltece el patriotismo y las virtudes cívicas.¹⁷

Finalmente, desde los albores de los Estados Unidos como nación independiente, ha existido una corriente de pensamiento y acción política que ubica al carácter distintivo de ese país en el ámbito cultural. Denominada por Smith como etnocultural, esta corriente plantea la existencia de ciertos rasgos culturales predominantes en los Estados Unidos desde su época fundacional, los cuales, en conjunto, le dan un sello característico a esa nación. Los principales rasgos son: contar con ancestros anglosajones provenientes del norte de Europa, profesar el protestantismo, ser de raza blanca, favorecer familias patriarcales en donde la mujer se dedique a la vida hogareña, en suma, todo lo que incluye el tradicional “*American way of life*”.¹⁸ En su manifestación más extrema, esta tendencia es conocida como nativismo, comprendiendo “cada tipo y nivel de antipatía contra los extranjeros, sus instituciones, y sus ideas... Los nativistas creen que alguna influencia originada en el exterior amenaza internamente la vida de la nación, por

¹⁶ Sylvia R. Frey, “Republicanism: Sources, Meanings, and Usages in American History”, en *The Historical Journal*, vol. 35, núm. 2, junio de 1992, p. 472.

¹⁷ Rogers Smith, “The American Creed...”, pp. 231-232.

¹⁸ *Ibid.*, p. 234.

lo cual puede ser definido como una intensa oposición a una minoría interna con base en sus conexiones (anti-estadounidenses) externas”.¹⁹ En resumen, esta perspectiva etnocultural define la identidad nacional de forma muy restrictiva. Sólo aquel individuo perteneciente a un determinado grupo racial, étnico y religioso puede considerarse como un verdadero estadounidense. Evidentemente, esta corriente con frecuencia ha impulsado tendencias antiinmigracionistas o rechazado a minorías étnicas o religiosas porque, según sus premisas, amenazan a los Estados Unidos y a la forma de vida de sus ciudadanos. Todo aquello no incluido en su propia definición será considerado como antiestadounidense. Los Estados Unidos han tenido varias expresiones nativistas a lo largo de su historia encarnadas en grupos como los *Native Americans*, los *Know-Nothing*, el Ku Klux Klan, el Nuevo Nativismo de George Wallace o, más recientemente, la *American Immigration Control Foundation*, o la *Federation for American Immigration Reform*.

Para Smith, estas tres concepciones de identidad en los Estados Unidos se encuentran en conflicto y ninguna de ellas ha predominado a lo largo de la historia estadounidense. Ello conduce a que frecuentemente convivan y se conjuguen entre ellas. Como intentaré mostrar en las siguientes páginas, la visión de Huntington es una mezcla de las tres corrientes presentadas por Smith. Su perspectiva es mucho más compleja y difícil de desentrañar, por lo cual tacharlo de racista tradicional es demasiado simplista e impreciso.

SAMUEL P. HUNTINGTON Y SU VISIÓN DE LA IDENTIDAD ESTADOUNIDENSE

Hace poco más de veinte años, en 1981, Samuel P. Huntington publicó *American Politics: The Promise of Disharmony*. En este libro, Huntington plasmó de manera nítida su visión sobre la identidad nacional de los Estados Unidos. Para él, la creencia por parte de todos los norteamericanos en un credo político básico constituye la fuente distintiva de la identidad nacional. Los valores de este credo son el ser “liberal, individualista, democrático, igualitario y básicamente antigobierno y antiautoridad”. El credo ha desempeñado y desempeña un papel central en la

¹⁹ John Higham, *Strangers in the Land: Patterns of American Nativism, 1860-1925*, Nueva York, Atheneum, 1978, pp. 3-4.

vida política estadounidense. Para este autor, la identificación de la nacionalidad con el credo político hace de los Estados Unidos un país único. El credo es un elemento de cohesión, lo único que tienen los estadounidenses en común. Rechazar las ideas contenidas en él simplemente es ser antiestadounidense.²⁰

En los juicios de Huntington se funden las tres corrientes de identidad nacional señaladas por Smith. Respecto al liberalismo, Huntington estima que los Estados Unidos son únicos en su compromiso con los “valores liberales, democráticos e igualitarios”.²¹ En consecuencia, la ideología liberal democrática es la parte medular del credo estadounidense y, por ende, el componente central en la definición de la identidad nacional de ese país. Resulta pertinente recordar que Huntington es, académicamente hablando, producto de la segunda posguerra mundial, de los años en que el discurso liberal se convirtió en dominante. La universidad y la realidad política de esos días lo conducirán a apreciar el liberalismo. Huntington ingresa al doctorado en 1948, graduándose sólo dos años más tarde. En Harvard estudió con William Yandell Elliot, Arthur McCloskey, Samuel Beer y Louis Hartz. Este último influirá de manera significativa en su pensamiento y publicará en 1955 su famoso libro *The Liberal Tradition in America*,²² el cual se convertirá en texto y “Biblia” sobre la predominancia del liberalismo en los Estados Unidos. Durante su época estudiantil será influido no sólo por Hartz sino también por Elliot, quien se oponía con vehemencia a la Unión Soviética, y por Reinhold Niebuhr, el teólogo conservador protestante que, según Huntington, tenía una “convinciente combinación de moralidad y realismo práctico”.²³

En suma, la posición de Huntington sobre el liberalismo proviene de pensadores como Tocqueville y, en su etapa más reciente, de académicos como Richard Hofstadter, Seymour Martin Lipset y Louis Hartz. Estos autores, en especial Hartz, articularon lo que se conoce como la teoría del consenso, la cual define a los Estados Unidos como un país de clases medias, en donde los conflictos de

²⁰ Samuel P. Huntington, *American Politics: The Promise of Disharmony*, Cambridge, Massachusetts, Harvard University Press, 1981, pp. 4, 23 y 25.

²¹ *Ibid.*, p. 42.

²² Louis Hartz, *The Liberal Tradition in America*, Harcourt, Brace & World, 1955.

²³ Robert D. Kaplan, “Looking the World in the Eye”, en *The Atlantic*, diciembre de 1981. En la versión electrónica aparece en la página 4: www.theatlantic.com/cgi-bin/send.cgi?

clase disminuyeron sustancialmente debido a la inexistencia de una época de organización feudal o del establecimiento del socialismo. En opinión de Hartz, los Estados Unidos son un fragmento de la historia europea donde el liberalismo se fue enraizando y desarrollando hasta convertirse en el sistema dominante. Esta perspectiva dio casi como conclusión natural –o como parte de la misma– el surgimiento de las visiones sobre el excepcionalismo estadounidense.²⁴ Las opiniones de Hartz, aunque en ocasiones cuestionadas, permearon de forma importante a la comunidad académica estadounidense. En la actualidad, a pesar de que autores como Karen Orren han sostenido la existencia de raíces feudales en los Estados Unidos,²⁵ las visiones de Hartz siguen teniendo influencia y seguidores.

Los contextos nacional e internacional también influyeron en la obra de Huntington. A finales de los años cuarenta y principios de los cincuenta, los Estados Unidos y el mundo transitaban por una época bastante convulsionada. En el ámbito interno se vivían el macartismo, y las tendencias procomunistas en estados como Nueva York, Minnesota o Washington hacían pensar en serios riesgos para la estabilidad política y social de la nación. Sin embargo, para mediados de la década de 1950, los Estados Unidos gozaban de prosperidad económica y sus instituciones parecían más sólidas que nunca. En la arena internacional, el ascenso al poder de los comunistas apoyados por la Unión Soviética en Checoslovaquia, en 1948, el bloqueo de Berlín y la guerra de Corea, daban el banderazo inicial a la llamada guerra fría. Ante esta situación, no fue extraño que, en 1948, Arthur Schlesinger Jr. considerara a los Estados Unidos como “el centro vital”, ese espacio donde quedaban excluidos los totalitarismos, tanto de izquierda como de derecha.²⁶ En la década de los cincuenta, el liberalismo emergió en los Estados Unidos como una ideología incuestionable.

Políticamente hablando, Huntington siempre ha sido afín al Partido Demócrata. Escribió discursos para Adlai Stevenson –quien fuera oponente de Dwight

²⁴ Sobre el excepcionalismo estadounidense véanse: Seymour Martin Lipset, *American Exceptionalism: A Double Edged Sword*, Nueva York, W.W. Norton, 1996; Byron E. Shafer (ed), *Is American Different? A New Look at American Exceptionalism*, Nueva York, Oxford University Press, 1991; Michael Kammen, “The Problem of American Exceptionalism: A Reconsideration”, en *American Quarterly*, vol. 45, núm. 1, marzo de 1993.

²⁵ Karen Orren, *Belated Feudalism. Labor, the Law, and the Liberal Development in the United States*, Nueva York, Cambridge University Press, 1991.

²⁶ Arthur M. Schlesinger Jr., *The Vital Center: The Politics of Freedom*, Boston, Houghton Mifflin, 1949.

Eisenhower en dos elecciones presidenciales— y, como la gran mayoría de los neo-conservadores en ese periodo, participó activamente en la campaña de Hubert Humphrey rumbo a la Casa Blanca en 1968. Entre 1977 y 1978 trabajó en la administración de Jimmy Carter, junto con su viejo amigo Zbigniew Brzezinski, como coordinador de planeación en seguridad para el Consejo de Seguridad Nacional (*National Security Council*), además de tener una activa participación en la política del Partido Demócrata en Massachusetts.

No obstante, el profesor de Harvard no admite clasificaciones simplistas. Si bien es un liberal, también su pensamiento incorpora principios del republicanismo, los cuales entran en conflicto cuando se confrontan con el liberalismo. En su perspectiva del credo estadounidense está presente la noción del igualitarismo y el repudio al egoísmo individual. Esta visión entra en conflicto cuando se registra un desplazamiento de los valores liberales por los del comunitarismo e igualitarismo. Por ejemplo, durante los años sesenta surgieron diversos movimientos sociales (afroamericanos, hispanos, feministas, homosexuales, estudiantiles, etc.), que buscaban mayor equidad social y jurídica para las minorías. Según Huntington, estos movimientos generaron una sobrecarga gubernamental detonante de una profunda crisis de gobernabilidad en los Estados Unidos;²⁷ demasiada equidad y exacerbado igualitarismo pueden ser dañinos para la democracia. En su análisis, la esencia del liberalismo es su libertad ante el control gubernamental. Cuando las masas demandan al gobierno su intervención, el equilibrio se altera. La igualdad y la búsqueda de los valores comunitarios son encomiables, siempre y cuando no lleguen a un extremo capaz de modificar los principios prevaletentes en la cultura política. Por ello, el predominio de liberalismo lockeano se ve amenazado por el comunitarismo.²⁸

Por último, la perspectiva etnocultural —y en ocasiones el nativismo— también se encuentra presente en la obra de Huntington. Tradicionalmente este autor ha sostenido que la cultura estadounidense es y ha sido, de manera predominante, blanca, anglosajona y protestante. Las ideas políticas constituyentes del credo norteamericano tienen en Huntington un componente étnico y cultural. Credo e

²⁷ Samuel P. Huntington, “The Democratic Distemper”, en Nueva York, Basic Books, 1976, pp. 9-38.

²⁸ Samuel P. Huntington, *American Politics...*, *op. cit.*, pp. 229-230.

identidad van de la mano a fin de conformar el “estadounidismo” (*Americanism*). Esta noción tendrá un efecto polarizador, dando pie a diferenciar entre lo estadounidense y lo antiestadounidense. Cuando esta perspectiva se lleva al extremo nos encontramos en presencia de expresiones de extrema derecha de corte nativista. En organizaciones xenófobas como el Ku Klux Klan, la definición de lo realmente estadounidense es mucho más estricta, aceptándose sólo aquello dentro de una denominación “100% estadounidense”. Para el Klan de los años veinte del siglo pasado, ello incluía la supremacía de la raza blanca anglosajona y protestante, así como el rechazo de este grupo a la inmigración, a los católicos y a los judíos. La definición de un sector de la población del “verdadero estadounidense” ha sido la tradicional medida de exclusión de las minorías étnicas y religiosas en ese país.

A comienzos del decenio de 1980, Huntington no percibía ningún conflicto entre la llegada de inmigrantes y la asimilación de éstos al credo estadounidense. “Los grupos étnicos –señaló– retienen su identidad tanto como ellos lo deseen, pero adoptando los valores políticos, los ideales y los símbolos [...] Los vínculos orgánicos se mantuvieron fundamentalmente en lo étnico; los lazos políticos o ideológicos fueron estadounidenses”.²⁹ Hoy, el connotado profesor de la universidad de Harvard percibe una alteración en ese equilibrio, ya que la naturaleza de la actual migración de latinoamericanos –en especial mexicanos–, ha modificado el tradicional proceso de asimilación de los extranjeros a la vida política de la nación. Es en este punto en particular donde se originan la preocupación y el descontento de Huntington con la migración mexicana.

En resumen, en el pensamiento de Samuel Huntington se funden de manera contradictoria los principios liberales, los republicanos y los etnoculturales. Tacharlo únicamente de racista resulta de un simplismo atroz. A lo largo de su vida académica, este autor ha mantenido una constante preocupación por la estabilidad de las instituciones democráticas y por la preservación del credo estadounidense. En un mundo globalizado donde los cambios son abruptos y la sociedad estadounidense enfrenta modificaciones inexorables, el profesor Huntington identifica la presencia de tendencias con la capacidad de erosionar dicho credo. Su preocupa-

²⁹ *Ibid.*, pp. 4, 25 y 27.

ción es legítima y sus preguntas relevantes. Analizar lo adecuado de sus respuestas a las interrogantes que se plantea, es el propósito de la siguiente sección.

EL ARGUMENTO Y LA RÉPLICA

Who Are We? muestra con claridad la influencia de las corrientes liberales, republicanas y etnoculturales en Samuel P. Huntington. Sin embargo, debido a la temática, en este texto hay un énfasis en los aspectos etnoculturales. Para Huntington, los Estados Unidos fueron creados en los siglos XVII y XVIII, con valores e instituciones que marcaron su desarrollo. Desde aquellos remotos tiempos, estima, los Estados Unidos fueron definidos en términos de “raza, etnicidad, cultura y, lo más importante, religión”.³⁰ En el ocaso del siglo XIX, el componente étnico del credo estadounidense se amplió a fin de incorporar a individuos provenientes de otras latitudes, y la “identidad religiosa fue definida con mayor amplitud, cambiando de protestante a cristiana”. Para finales del siglo XX, la subsistencia de la cultura angloprotestante y del credo que la produjo se “vio amenazado por una nueva oleada de inmigrantes de América Latina y Asia [en especial de México], la popularidad en círculos intelectuales y políticos de las doctrinas de multiculturalismo y diversidad, la difusión del español como segunda lengua, y las tendencias hacia la hispanización en la sociedad estadounidense...”.³¹ En pocas palabras, los mexicanos y méxico-americanos pueden alterar sensiblemente la identidad nacional de los Estados Unidos.

En opinión de Huntington, la inmigración de latinoamericanos, y en particular de mexicanos, tiene rasgos distintos respecto de anteriores oleadas de inmigrantes. Seis son las diferencias fundamentales: contigüidad, es decir, nuestra vecindad con los Estados Unidos; escala, en cuanto al copioso número de inmigrantes; ilegalidad, un estatus propio de una importante cantidad de mexicanos en los Estados Unidos; concentración: la gran mayoría de los inmigrantes se ubican en estados como California, Texas o Nueva York –de acuerdo con Huntington, “entre más concentrados estén los inmigrantes, mucho más lenta e incompleta es su asi-

³⁰ Samuel P. Huntington, *Who Are We?*, *op. cit.*, p. 38.

³¹ *Ibid.*, p. xvi.

milación”-; persistencia, ya que la inmigración de mexicanos es constante, no ha parado a lo largo de muchas décadas, y no hay perspectivas inmediatas de una disminución de esta tendencia debido a las sustanciales diferencias en el ingreso *per capita* entre México y los Estados Unidos, e historia, ya que existen razones históricas para un eventual reclamo de los mexicanos y méxico-estadounidenses sobre el territorio perdido por México en la guerra de 1846-1848 contra los Estados Unidos.³² Asimismo, el tamaño, la persistencia y la concentración de los hispanos tiende a perpetuar el uso del español por generaciones. En suma, “los altos niveles de migración de hispanos y mexicanos, más los bajos niveles de asimilación de estos inmigrantes a la sociedad y a la cultura estadounidense puede, eventualmente, cambiar a los Estados Unidos en un país de dos lenguas, dos culturas y dos tipos de gentes. Esto no solamente transformará a los Estados Unidos, también tendrá profundas consecuencias para los hispanos, quienes estarán en los Estados Unidos pero no serán de ahí”.³³

Es evidente que Huntington analiza un tema importante y realiza cuestionamientos relevantes. En su texto, implícita o explícitamente, se pregunta, ¿cuál es la identidad nacional de los Estados Unidos?, ¿cómo se formaron?, ¿cuál ha sido el papel de los inmigrantes en la conformación de dicha identidad?, ¿cómo se incorporaron y se incorporan los inmigrantes a la vida política y social de los Estados Unidos?, ¿cuáles son las diferencias entre antiguas oleadas migratorias y la inmigración mexicana?, ¿qué tanto los cambios en la composición étnica en los Estados Unidos están afectando las políticas migratorias, educativas o de salud?, ¿existe un proceso de asimilación parecido entre mexicanos y antiguos inmigrantes?; de no ser así, ¿por qué no se asimilan los mexicanos? Estas y otras preguntas no sólo son relevantes en la actualidad, debido a que reflejan la preocupación de algunos sectores de la sociedad, sino también porque constituyen una importante preocupación histórica.

Remitiéndose a la historia, en 1818 John Quincy Adams –quinto presidente de los Estados Unidos– declaraba: “[si los] inmigrantes no se adaptaban al carácter moral, político y físico [de la Unión Americana], el Atlántico estaría siempre

³² *Ibid.*, pp. 222-230.

³³ *Ibid.*, p. 256.

abierto para que regresaran a la tierra donde nacieron.” Años antes, Thomas Jefferson manifestó su preocupación por el “efecto de las masas de inmigrantes europeos sobre la naturaleza del gobierno y la sociedad de los Estados Unidos”. Le inquietaba especialmente que los inmigrantes provenían de monarquías absolutistas y, por consiguiente, pudieran afectar la vida pública del país. A las élites del siglo XIX y principios del XX también les preocupaban los procesos de asimilación de los inmigrantes a la cultura estadounidense. Los trabajadores de la Ford Motor Company fueron obligados a tomar clases de inglés con la finalidad de “[hacer sentir a los trabajadores] como estadounidenses, y hacerles olvidar sus anteriores diferencias raciales, nacionales y lingüísticas”. Así, entre 1914 y 1921 se graduaron cerca de 16 000 empleados en el marco de este programa. En 1918, el superintendente escolar de Nueva York definió la estadounidenseización (*Americanization*) “no sólo como el aprecio a las instituciones de los Estados Unidos, sino además al total olvido de todas las obligaciones o conexiones con otros países por su ascendencia o nacimiento”.³⁴ Paralelo a todos estos casos, otros sectores de la población se pronunciaban por la aceptación de los inmigrantes y por la incorporación completa de éstos a la vida nacional. Por tanto, como Rudolph J. Vecoli destacó de forma acertada: “la identidad nacional ha sido un terreno disputado por mas de doscientos años y continúa siéndolo en el presente.”³⁵

Asimismo, en la actualidad, la población estadounidense también está interesada en el tema migratorio. A continuación algunos datos. Se calcula que más de un millón de personas cruzan a diario la frontera México-Estados Unidos y, cada año, más de 600 000 son deportadas. En 2003, de acuerdo con cifras de la patrulla fronteriza de los Estados Unidos, murieron 340 inmigrantes al tratar de cruzar de manera ilegal hacia el norte. Según el censo de 2000, 35 306 000 estadounidenses se identificaron como hispanos o latinos. Esto representa un incremento de 142% en relación con el censo de 1980. Los latinos representan actualmente el 13% de la población,³⁶ siendo la minoría más numerosa en los Estados Unidos. En esta-

³⁴ Lawrence W. Levine, *The Opening of the American Mind: Canons, Culture, and History*, Boston, Bacon Press, 1996, pp. 109-112.

³⁵ Rudolph J. Vecoli, *op. cit.*, p. 24.

³⁶ Cfr. *Pew Research Center*, “Generational Differences: About the 2002 National Latino Survey”, marzo de 2004.

dos como California, la presencia de los inmigrantes es evidente y en momentos es muy difícil valorar, para las personas no informadas, el verdadero impacto de estos individuos en la vida política, económica y social del país. Ante estas cifras no resulta extraño que algunos sectores de la población se encuentren preocupados por el problema migratorio y su repercusión en la vida del país.

El problema con el texto de Huntington no radica en la importancia del tema analizado, sino en lo inexacto de los datos que maneja. En 1996 los profesores Rodolfo de la Garza, Ángel Falcón y Chris García, con base en el *Latino National Political Survey*, estudiaron la incorporación cívica –definida como el apoyo al individualismo económico y al patriotismo– de los México-estadounidenses. De acuerdo con su investigación, casi no existe ninguna diferencia estadística significativa entre el apoyo de los anglos y los México-estadounidenses al individualismo económico. Además, la etnicidad no afecta sistemáticamente el patriotismo; incluso, de hacerlo, la mayoría de las veces ese impacto es positivo y no negativo. En otros términos, los México-estadounidenses pudieran ser más patrióticos que los anglos. Las razones de ello son diversas. Por ejemplo, las dificultades de los hispanos para convertirse en ciudadanos naturalizados podría ser un factor de mayor aprecio a su nacionalidad adquirida. Asimismo, es posible identificar una larga historia de patriotismo expresada a nivel individual y colectivo por varias organizaciones hispanas. El trabajo de estos especialistas demuestra que “independientemente de la lengua materna, de haber nacido en México o en los Estados Unidos, y de haber desarrollado o no una profunda conciencia étnica, los México-americanos apoyan los valores centrales [de los Estados Unidos] al menos de igual manera que los anglos”.³⁷

Los datos de De la Garza, Falcón y García coinciden con un reciente estudio realizado por el *Pew Research Center* (PRC) con base en el *National Survey of Latinos* de 2002.³⁸ El estudio divide a los latinos en tres grupos generacionales, siendo los de primera generación quienes arribaron a los Estados Unidos más reciente-

³⁷ Rodolfo O. de la Garza, Ángel Falcón y F. Chris García, “Will the Real Americans Please Stand Up: Anglo and Mexican-American Support of Core American Political Values”, en *American Journal of Political Science*, vol. 40, núm. 2, mayo de 1996, pp. 346-348.

³⁸ *Pew Research Center, op. cit.*, todos los datos estadísticos que se presentan a continuación fueron tomados de este estudio.

mente, los de segunda serían los padres de los anteriores y los de tercera son los abuelos de los primeros. Según las cifras presentadas por el PRC, 63% de los hispanos se identificaron como de primera generación, 19% de segunda y 17% de tercera. Así, el número de latinos de primera generación es superior al total de hispanos de segunda y tercera generación. Es un hecho que, coincidiendo con otras experiencias, los inmigrantes de cualquier origen no se asimilan en la primera generación, sino hasta la tercera, por lo cual la existencia de muchos latinos no asimilados actualmente incide en la imagen pública de esta etnicidad entre los norteamericanos, pero no muestran un comportamiento distinto a los procesos históricos de asimilación de otros inmigrantes.

Este diferente comportamiento generacional es consistente con el tema del idioma utilizado prioritariamente por los inmigrantes. Según el PRC, el porcentaje de latinos que dominan el inglés en la primera generación es de 4%, en la segunda sube a 46%, y en la tercera llega hasta 78%. Respecto del manejo del español, en la primera generación, 72% de los hispanos dominan dicha lengua, 7% en la segunda, y en la tercera PRC no ofrece datos. Los bilingües son el 24% en la primera generación, 47% en la segunda y 22% en la tercera. Estas cifras contradicen las aseveraciones del profesor Huntington de que los “hispanos tienden a perpetuar el uso del español a través de sucesivas generaciones”. Por el contrario, los datos ponen en evidencia la paulatina pérdida del español entre los latinos conforme transcurren las generaciones y van adoptando el inglés como su principal lengua. El estudio también reconoce las variaciones generacionales en cuanto a la forma en la cual los latinos se autoidentifican. Cuando se les preguntó qué término empleaban para autodefinirse, los de primera generación seleccionaron en su mayoría a su país de origen (68%), mientras que los de segunda generación apenas eligieron esa opción en 38%. De acuerdo con PRC sólo 6% de la primera generación reportó usar el término estadounidense (*American*), comparado con un 35% de la segunda.

Huntington tiene razón en señalar que la inmigración de mexicanos es constante desde principios del siglo XX, acentuándose desde la mitad del decenio de 1960. También está en lo correcto al afirmar la continuación de la creciente tendencia migratoria de México a los Estados Unidos por lo menos en el futuro inmediato. No obstante, este factor no necesariamente se traducirá en problemas

de asimilación, como no ha ocurrido con otras olas migratorias en la historia estadounidense.

En suma, análisis sistemáticos demuestran de forma contundente que el profesor Huntington está equivocado en varias de sus observaciones acerca de la naturaleza de la inmigración latina y mexicana a los Estados Unidos, así como sobre las dificultades de los México-estadounidenses para asimilarse. Los latinos y mexicanos tienen un proceso muy similar de asimilación al de otros migrantes. En realidad, el ciudadano común y corriente, o el observador no especializado, pueden confundirse porque siempre ha habido –en particular desde los años sesenta– un cuantioso grupo de mexicanos no asimilados, es decir, de primera generación. Este hecho se entrelaza con los cambios provocados por la segunda generación. Según un artículo publicado en *The San Diego Union Tribune*, en los próximos veinte años y como resultado de las altas tasas de natalidad, los latinos de segunda generación serán el componente más numeroso de esta población. Ello traerá cambios muy significativos en la política pública debido a las “diferencias sustanciales en ingresos, educación y fluidez del inglés”. Además, “entre el 2000 y el 2020, el número de latinos de segunda generación se duplicará, y su participación en la fuerza laboral casi se triplicará”, aunque temas como el bilingüismo o la ilegalidad son irrelevantes porque estos individuos ya han adquirido la ciudadanía estadounidense.³⁹

Incuestionablemente, Huntington ha escrito una vez más un libro controversial. Se venderá como pan caliente, aunque muchos se indigestarán –o ya se indigestaron–. Tampoco hay duda sobre la inconsistencia entre algunas pruebas que ofrece Huntington para sostener algunas de sus afirmaciones y los resultados de análisis más rigurosos. De igual manera, los datos son presentados de forma tergiversada, posibilitando la confusión y alimentando el fuego de la controversia.⁴⁰ Lo que resulta un hecho es la importancia del tema estudiado y de las preguntas formuladas en momentos en los cuales los Estados Unidos y el mundo enfrentan grandes transformaciones. Es cierto, dichas transformaciones no parecen agradar

³⁹ R. Suro, “Hispanic Demographic Evolution”, en *The San Diego Union-Tribune*, 26 de octubre de 2003.

⁴⁰ Rodolfo O. de la Garza me comentó: “soy quizá la persona que más cita a Huntington para afirmar cosas que yo nunca dije”. Conversación con Rodolfo O. de la Garza. México, CIDE, 20 de mayo de 2004.

mucho al profesor de Harvard. Como ha manifestado el historiador Lawrence W. Levine: “cada generación anterior de estadounidenses ha tenido profundas dificultades en aceptar a grupos étnicos y raciales que parecen no adherirse a modelos previos [...] Y cada generación de estadounidenses ha estado incorrecta en sus temores y sus certezas, porque cada generación previa ha entendido sólo de manera imperfecta el fenómeno de la inmigración y de la asimilación.”⁴¹ Si comprendemos esto, entenderemos que Samuel Phillip Huntington ha escrito un libro antiinmigracionista producto de legítimas preocupaciones. Su texto no es tanto un trabajo académico donde la rigurosidad sea su principal atributo, sino más bien podría catalogarse como un pronunciamiento ideológico antiinmigracionista, uno entre los muchos registrados en los anales de la historia estadounidense. De eso a calificarlo ramplonamente como un racista hay un mundo de diferencia.

A MANERA DE CONCLUSIÓN

A lo largo de este trabajo he estudiado *Who Are We?* de Samuel P. Huntington. En mi análisis he intentado mostrar, siguiendo el pensamiento del profesor Rogers Smith, que en los Estados Unidos las corrientes liberales, republicanas y etnoculturales se mezclan –con frecuencia de manera contradictoria– haciendo en ocasiones nebulosa la comprensión de este autor. Desentrañar esta madeja ha sido uno de los propósitos al realizar este texto. Tratar de comprender a Huntington en vez de descalificarlo *a priori*, ha sido el espíritu con el cual he escrito estas líneas.

Huntington confunde en su análisis dos temas muy relevantes, mezclándolos de manera desafortunada: la reproducción de la cultura y el compromiso político.⁴² La cultura es una entidad cambiante que se forma, se transforma y se vuelve a transformar; es un ente vivo en continua evolución. Como señaló de manera acertada el biólogo evolucionista Stephen Jay Gould: “los primeros hombres de Cro-Magnon, con un cerebro más grande que el nuestro, produjeron espectaculares pinturas en las cuevas, pero no compusieron sinfonías o construyeron com-

⁴¹ Lawrence W. Levine, *op. cit.*, p. 131.

⁴² El haber detectado la mezcla de estos dos aspectos en la obra de Huntington fue resultado de una conversación que tuve con Rodolfo O. de la Garza en el CIDE el 20 de mayo de 2004. Los dos aspectos fueron señalados por Rodolfo, su desarrollo es mío.

putadoras. Todo lo logrado por los humanos desde entonces es producto de la evolución cultural basada en un cerebro de invariable capacidad.”⁴³ Indudablemente, la cultura estadounidense se ha enriquecido con la presencia de los hispanos, tal y como antes fue vigorizada por los inmigrantes irlandeses o judíos, o con el éxodo forzado de los negros. ¿Qué serían los Estados Unidos sin el jazz o el blues, o sin los intelectuales neoyorkinos judíos?; sin duda, algo muy distinto. Los inmigrantes siempre han dejado huella, una huella incrustada en el ser estadounidense. Según manifiesta Lawrence W. Levine:

No fui educado en este o aquel universo. Podría tener tanto a Moisés y a Lincoln como antepasados, a la Torah hebrea y a la Constitución de los Estados Unidos como piedras angulares de la moral y la legalidad, a Josué y a Joe Louis como mis héroes guerreros, al judío *shul* y a la escuela pública de los Estados Unidos como mis recintos de aprendizaje. Comprendí desde muy temprano en mi vida que no era tan importante escoger entre dos lugares culturales, tanto como negociar o navegar entre ellos.⁴⁴

La visión rígida de Huntington, el no aceptar este construir y reconstruir de la cultura estadounidense, lo hace un determinista cultural, pero jamás un racista.

Huntington confunde cultura con compromiso político, como si esto último estuviera determinado por la cultura que se posee. Se puede ser armenio, chino o sueco, y estar comprometido firmemente con la democracia, con el respeto a los derechos humanos y con la protección de la soberanía del país en el cual se habita. El aparentemente mayor patriotismo de los hispanos sobre el de los anglos da viva muestra de ello. Pero el profesor de Harvard va más allá, relacionando temas tales como el interés nacional con los problemas de la identidad nacional. “El interés nacional se deriva de la identidad nacional –señaló en 1997–. Necesitamos saber quiénes somos, antes de saber cuáles son nuestros intereses.”⁴⁵ Peter Trubowitz ha mostrado con contundencia la existencia de varios intereses

⁴³ Stephen Jay Gould, *The Panda's Thumb: More Reflections in Natural History*, Nueva York, W.W. Norton & Company, 1980, pp. 56-57.

⁴⁴ Lawrence W. Levine, *op. cit.*, p. 135.

⁴⁵ Samuel P. Huntington, “The Erosion of American National Interests”, en *Foreign Affairs*, septiembre-octubre de 1997, p. 1 de la versión electrónica.

nacionales y no sólo de uno. Además, éstos no están basados necesariamente en un acuerdo sobre la identidad nacional, sino en los distintos intereses económicos asentados en las diversas regiones del país.⁴⁶ Es esta obsesión por la “identitis”, por tratar de encontrar la esencia de diferentes fenómenos políticos y culturales en una estricta y limitada definición de credo e identidad, lo que provoca las contradicciones en el pensamiento de Huntington.

Finalmente, me resulta muy intrigante tratar de comprender por qué un hombre tan brillante y con una trayectoria académica tan importante como Huntington puede escribir un texto como *Who Are We?* Dos ideas me llegan de inmediato a la cabeza. Un factor podría ser su formación en el marco de las transformaciones sufridas por los Estados Unidos desde la década de los sesenta, lo cual construyó su percepción –quizá infundada– de la vulnerabilidad del credo y de las instituciones estadounidenses por factores internos y externos. Como he destacado con anterioridad, Huntington es producto del decenio de 1950, de ese momento de prosperidad y de consenso en donde un sector de la población –y sólo un sector– vivía en armonía y tranquilidad. Poco tiempo después, las cosas comienzan a cambiar y los Estados Unidos se sumergen en varios lustros de profundas transformaciones, en particular durante los años sesenta y noventa del siglo pasado. El 11 de septiembre de 2001 terminará por estremecer a la Unión Americana en lo más hondo de sus raíces.

Para Huntington, la caída del muro de Berlín significó –así como para muchos neoconservadores– un hecho de alegría y tragedia. Por un lado, fue el momento simbólico de la debacle del comunismo, de ese enemigo al cual se opusieron con fervor durante décadas. Por el otro, los confrontó ante un profundo vacío, en un periodo en donde ya no existía un enemigo tangible para enfocar su lucha. En 1997 Huntington se preguntaba: si no hay un imperio del mal amenazando los principios de libertad, individualismo y propiedad privada, “¿qué significa ser estadounidense y cuál es el interés nacional?”. Desde su perspectiva, la existencia de un “enemigo común, puede a menudo ayudar a promover identidad y cohesión entre las personas”. Asimismo, terminaba afirmando: “[el fin de la guerra


⁴⁶ Cfr., Peter Trubowitz, *Defining the National Interest: Conflict and Change in American Foreign Policy*, Chicago, The University of Chicago Press, 1998.

fría] probablemente debilitará o al menos alterará la identidad estadounidense”.⁴⁷ Si seguimos la lógica del pensamiento de Huntington podemos concluir que este problema se ha superado debido a la existencia de un nuevo enemigo: el terrorismo islámico. Sin embargo, la llegada del nuevo enemigo, pero sobre todo el manejo de la administración del presidente George W. Bush al combate del terrorismo, no ha carecido de problemas. Más aún, ha traído nuevas dificultades a los Estados Unidos en la arena internacional. La famosa frase del presidente Bush “están con nosotros o están en nuestra contra”, la falsedad de las pruebas presentadas para justificar la invasión a Irak, las dificultades para pacificar a los antiguos dominios de Saddam Hussein y las espantosas violaciones a los derechos humanos de los prisioneros de guerra iraquíes por parte de los soldados estadounidenses, han agudizado un repudio internacional –y en menor medida interno– a la conducta del gobierno de Washington. Recientes estudios revelan el incremento en la severidad y magnitud de las críticas mundiales contra los Estados Unidos. Incluso, algunas opiniones manifestadas por personas en muchas partes del globo llegan hasta el odio a la Unión Americana y sus gobernantes.⁴⁸

Internamente, en los últimos cincuenta años los Estados Unidos ha registrado importantes transformaciones. Los afroamericanos, hispanos, mujeres, homosexuales y otras minorías han avanzado en sus aspiraciones por vivir en condiciones igualitarias. La composición étnica se ha modificado, y algunas prácticas tradicionales también han sufrido cambios. La nación se encuentra dividida en dos, tanto electoral como culturalmente. Los dos Estados Unidos (*The Two Americas*) es el término usado con frecuencia por los especialistas para referirse a la división existente en el país. Con espíritu chusco pero revelador, un comentarista expresó que la Unión Americana está dividida entre quienes componen la teleaudiencia de *Sex and the City*, y el auditorio del *700 Club* de Pat Robertson. Hoy en los Estados Unidos, las tendencias por la diversidad o el multiculturalismo viven quizás el momento de mayor auge en la historia reciente de ese país. Los Estados Unidos se polarizan ante las avasalladoras transformaciones sociales, políticas y económicas.

⁴⁷ Samuel P. Huntington, “The Erosion of...”, *op. cit.*, pp. 2 y 3 de la versión electrónica.

⁴⁸ Cfr., Mark Hertsaggard, *La sombra del águila: por qué Estados Unidos suscita odios y pasiones en el mundo*, Barcelona, Paidós, 2002; Ziauddin Sardar y Merryl Wyn Davis, *¿Por qué la gente odia a Estados Unidos?*, Barcelona, Gedisa, 2002.

Es este convulsionado momento por el cual atraviesan los Estados Unidos el que cimbra al profesor Huntington. En esta época de cambios, el profesor de Harvard se enfrenta ante la angustiante realidad de la agonía de su mundo cincuentero. Este momento histórico posterior al “11 de septiembre” ha generado una percepción de la Unión Americana como una fortaleza sitiada, una imagen que lleva a pensar a intelectuales como Huntington acerca de un nuevo riesgo contra el credo y la identidad nacional de los Estados Unidos. Hace casi dos décadas, Robert D. Putnam definió a Huntington como “[una combinación de] valores liberales, instintos conservadores, y de una burkeana apreciación de la estabilidad institucional, haciéndolo especialmente sensible a los efectos erosivos del credo estadounidense sobre la autoridad y el poder de las instituciones”.⁴⁹ Tal vez sea la percepción del cambio como factor en la erosión del credo estadounidense lo que se encuentra en el fondo del pensamiento de Samuel Phillips Huntington en *Who Are We?* 

⁴⁹ R. D. Putnam, “Samuel P. Huntington: An Appreciation”, en *PS*, vol. 19, núm. 4, otoño de 1986, p. 844.